

IVÁN MOLINA JIMÉNEZ, *Revolucionar el pasado. La historiografía costarricense del siglo XIX al XXI*, San José, EUNED, 2012.

El prolífico y reconocido historiador costarricense Iván Molina nos presenta un nuevo libro que analiza una revolución. No es, sin embargo una revuelta social o política la que inspecciona este texto, sino una transformación cultural que quizás sea una de las más importantes metamorfosis que experimentó una rama del conocimiento científico costarricense en el último tercio del siglo XX; me refiero a la Historia. El trabajo está integrado por seis capítulos que inspeccionan las formas de cambio en el estudio, la investigación, la escritura, las metodologías, las temáticas, las teorías y las fuentes de la historia como disciplina en Costa Rica entre el siglo XIX y el presente. Es decir, se trata de un libro de historia de la historiografía.

Sobre el campo de la historia de la historiografía hay que decir primero que no es nuevo en Costa Rica, pero tampoco muy abundante y con límites ahora más claros sobre sus interpretaciones. Un rápido recorrido por sus sendas podría ser útil para dimensionar este nuevo libro de Iván Molina. El primer intento, y quizás uno de los más efectivos, en el desarrollo de una historia de la historiografía costarricense está ligado al rompimiento que produjo la nueva historia económica costarricense al evaluar el legado colonial y el desarrollo de la explotación cafetalera. Tal acercamiento ocurrió a principios de la década de los ochenta¹ y se manifiesta con claridad en dos tesis importantes: la tesis doctoral de Lowell Gudmundson presentada en la University of Minnesota en 1982² y la tesis de maestría del mismo Iván Molina defendida en la Universidad de Costa Rica en 1984.³ El fin de análisis historiográfico de estos dos trabajos consistió en descorrer el velo de la

¹ Hay ya un intento en tal sentido en Lowell Gudmundson, *Estratificación socio-racial y económica de Costa Rica: 1700-1850*, San José, Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, pp. 11-15, 1978; Lowell Gudmundson, “El campesino y el capitalismo agrario de Costa Rica: una crítica de ideología como historia”, *Revista de Historia*, núm. 8, enero-julio, pp. 59-81, 1979; Víctor Hugo Acuña Ortega, “Vladimir de la Cruz y la interpretación socialdemócrata de nuestra historia”, *Revenar*, vol. 1, núm. 3, pp. 10-11, Costa Rica, 1981; Víctor Hugo Acuña Ortega, “Rodrigo Facio: un historiador vigente”, *Revenar*, vol. 1, núm. 4, pp. 10-11, Costa Rica, 1981.

² Gudmundson, Lowell, “Costa Rica before Coffee: Society and Economy on the Eve of Agro-Export Based Expansion”, PhD. Dissertation, University of Minnesota, 1982.

³ Molina Jiménez, Iván, “Capital comercial en un valle de labriegos sencillos (1800-1824)”, tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1984.

imagen mítica que había construido la historia oficial costarricense con respecto al desarrollo político, económico y social del país.

El valioso aporte de Gudmundson y Molina al vislumbrar las particularidades del discurso historiográfico costarricense con base a la Costa Rica pre-cafetalera, dejó en evidencia la riqueza de ese tipo de estudios y la necesidad de emprenderlos intentando visualizar la relación entre producción historiográfica e ideología. Por eso, no fue difícil para Juan Rafael Quesada, a mediados de la década de 1980, plantearse como temática de su tesis doctoral el desarrollo de la historiografía costarricense desde 1881 hasta 1940. Se trata, hay que decirlo, del análisis más detallado de historiografía del país anterior a la versión socialdemócrata que se había emprendido hasta ese momento.⁴ Y dicho esfuerzo fue completado por Quesada al traducir su tesis, ampliarla y publicarla como libro casi 20 años después de defenderla en París.⁵

Luego, dos tesis en las que participó Quesada Camacho como guía en la década de los ochenta intentaron reproducir su particular acercamiento al discurso historiográfico; me refiero a la tesis de licenciatura en historia de Rina Cáceres y a la de maestría en historia de Mary Anita Campos. En la primera, defendida en 1985, la autora intentó analizar el discurso historiográfico de dos obras entonces utilizadas en la enseñanza de la historia por el Ministerio de Educación: *Cartilla Histórica de Costa Rica* de Ricardo Fernández Guardia e *Historia de Costa Rica* de Carlos Monge Alfaro. En ese sentido, fue más significativo el acercamiento que hizo Mary Anita Campos en su tesis de maestría en historia, defendida en 1989, a los textos y testimonios que hasta entonces analizaban la conflictiva década de los cuarenta.

Más tarde, Quesada Camacho analizó la obra historiográfica de Carlos Monge Alfaro en un libro que fue impreso en 1988⁶ y que fue criticado por Iván Molina en un comentario que puede resumir bien la forma en que se hacía la historia de la historiografía al anotar: “El fruto del esfuerzo de Juan Rafael Quesada es un Carlos Monge aislado, al que no se le ubica, con

⁴ Quesada Camacho, Juan Rafael, “L’historiographie costaricienne depuis 1881 jusqu’à 1941”, tesis de Tercer Ciclo, Estudios de América Latina, París, 1984.

⁵ Quesada Camacho, Juan Rafael, *Historia de la historiografía costarricense, 1821-1940*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001.

⁶ Quesada Camacho, Juan Rafael, “Carlos Monge Alfaro: primer historiador profesional de Costa Rica”, en Quesada Camacho Juan Rafael *et. al.*, *Carlos Monge Alfaro*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 1988.

acierto, en el marco de la historiografía nacional: nada por delante, por detrás, por encima o por abajo”.

En el contexto de aparición de los trabajos apuntados arriba, apareció una polémica historiográfica centrada en la pregunta de si existía o no una nueva generación de historiadores. El artículo con el que participó Paulino González en ese debate hizo un recorrido por la historiografía costarricense desde el siglo XIX añadiéndole un sentido testimonial a su discusión sobre la renovación de los estudios históricos que ocurrió después de 1970.⁷ En parte, a principios de la década de los noventa hubo una reanudación en la discusión sobre la labor llevada adelante por esa nueva generación. La discusión la abrió Rodrigo Quesada⁸ y fue seguida por Steven Palmer.⁹

Para lo que nos interesa, del balance de Palmer, queda claro que hacia inicios de la década de los noventa la historiografía costarricense de la llamada nueva generación de historiadores había madurado lo suficiente como para poder ser evaluada. Justamente esa constatación alentó el primer gran esfuerzo colectivo de análisis de la historiografía de esa nueva generación de historiadores. El encuentro se produjo entre abril y junio de 1995 en el auditorio de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica y fue coordinado por Mario Samper. El resultado fue un número especial de la *Revista de Historia* dedicado al balance de los campos en que había incursionado la nueva historia: historia colonial, historia económica y demográfica, historia social, historia política e historia cultural.¹⁰ Es importante resaltar de ese esfuerzo que, contrario a la fortaleza crítica del análisis historiográfico que habían hecho Gudmundson y Molina de lo publicado hasta la década de los setenta, los historiadores de la llamada nueva historia se mostraron poco críticos con su propia producción. El artículo que más claramente rompió con esa imagen, fue un trabajo de José Antonio Fernández que hizo una imaginativa comparación entre el encuentro organizado por Samper y el Primer Congreso de Historia Centroamérica-Panamá que se

⁷ González, Paulino, “Los avatares de la ‘nueva historia’”, *Revista de Historia*, número especial, pp. 27-50, Costa Rica, 1988. Los textos de la polémica fueron luego recogidos y publicados nuevamente en Díaz Arias, David; Boza Villareal, Alejandra e Ibarra, Eugenia (comps.), *Tiempos de reflexión: la primera polémica historiográfica costarricense*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 2007.

⁸ Quesada Monge, Rodrigo, “El paraíso perdido. Nueva historia y utopía en Costa Rica”, *Revista de Historia*, núm. 26, julio-diciembre, pp. 187-200, Costa Rica, 1992.

⁹ Palmer, Steven, “Comentarios sobre ‘El Paraíso Perdido’ de Rodrigo Quesada M.”, *Revista de Historia*, núm. 28, julio-diciembre, pp. 179-187, Costa Rica, 1993.

¹⁰ *Revista de Historia*, número especial, Costa Rica, 1996.

llevó a cabo en Costa Rica en septiembre de 1956. Al comparar los eventos, Fernández reconoció el avance que se produjo en el estudio del pasado después de 1970 pero lo explicó no sólo en términos del esfuerzo de ciertos individuos (Ciro Cardoso y Héctor Pérez) sino que comprendiéndolo en el contexto cultural vivido por los jóvenes que pasaron a las filas de la nueva historia en aquella década. En ese sentido, Fernández también hizo algunas preguntas importantes sobre la nueva historia que han sido en parte ahora recuperadas por Iván Molina en el libro que presentamos hoy.¹¹

La tónica del primer balance realizado en 1995 se repitió en un segundo balance que tuvo lugar en noviembre del 2002 en el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.¹² En ese nuevo esfuerzo, limitado al análisis de lo producido por la historiografía costarricense después del encuentro de 1995, se admira la fortaleza de la producción histórica, su diversificación (además de los que existían apareció un análisis de otros campos como la arqueología, la historia de género, la historia con perspectiva étnica y la historia local y regional) y se observa la continuidad de varios historiadores en su afán de investigación y la aparición de nuevos analistas y, con ellos, nuevos temas. Pero llama profundamente la atención la insistencia de dejar de lado el debate directo; en su lugar este balance del 2002, como su antecesor, se limitó a hacer una historia de la historiografía en términos de resúmenes de trabajo, pero no de profundidad en la valoración de cómo se produjeron ni de las características de sus productores. Asimismo, la historiografía de la que hablan esos balances no refiere a una disciplina dinámica en sus preguntas y discusiones; de lo que hablan es más bien de campos estables sin debates continuados. No es sino con un trabajo que Iván Molina publicó en el libro que recogió los resultados de aquel seminario que se plantea directamente la pregunta de cuán profundo habrá sido el quiebre interno que tuvo la disciplina después de 1995 y cómo habrá repercutido en el gremio de historiadores.¹³

La historiografía producida por la Nueva Historia costarricense, fue nuevamente analizada por el geógrafo Guillermo Carvajal y, más que un

¹¹ Fernández Molina, José Antonio, “¿Deicidio o muerte anunciada? Apuntes sobre el desarrollo historiográfico costarricense durante la segunda mitad del siglo XX y su incierto futuro”, *Revista de Historia*, número especial, pp. 231-239, Costa Rica, 1996.

¹² Molina Jiménez, Iván; Enríquez Solano, Francisco y Cerdas Albertazzi, José Manuel (eds.), *Entre dos siglos: la investigación histórica costarricense 1992-2002*, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, Alajuela, 2003.

¹³ Molina Jiménez, Iván, “Diez años de proyectos y resultados”, Molina, Enríquez y Cerdas (eds.), *Entre dos siglos*, pp. 321-332.

verdadero estudio de la historiografía producida después de 1970, consiste en un testimonio de una persona que vivió, junto con algunos de sus protagonistas, el cambio generacional ya indicado.¹⁴

De todos esos estudios, las limitantes interpretativas son más claras ahora. Hay que reconocer que Hayden White ha sido consistentemente ignorado por el gremio costarricense ya sea porque explícitamente rechaza su planteamiento posmoderno o porque, simplemente, no lo ha tomado en cuenta para visualizar la construcción del discurso histórico del pasado.¹⁵ ¿De qué forma ha pesado esa ausencia? Es difícil señalarlo, pero una tarea para los historiógrafos del futuro es confrontar más de cerca la teoría de White sobre el discurso histórico y visualizar su posible adaptación al caso costarricense sin que ello signifique una renuncia a la visión de la historia como una ciencia social.

El otro reto ha sido de tipo temático. Como es claro, los estudiosos de la historiografía nacional se han concentrado en el periodo anterior a 1970 y han dado pocas luces sobre el discurso historiográfico y la ideología que pudo haber movido el cambio provocado por la Nueva Historia. Cuarenta años después de que se suscitara ese cambio y casi treinta de que se fortificara y afirmara, valía la pena explorar la producción de esos nuevos historiadores en los términos en que se había hecho para los liberales y socialdemócratas e incluso más allá.

Es en este marco que se inscribe el estudio de Molina que presentamos aquí. Molina, consciente de la existencia de los trabajos de historia de la historiografía ya señalados y en los que, como he apuntado, incluso él había participado, ha intentado abreviar en 132 páginas el desarrollo de la historiografía del país, indicando sus principales líneas de análisis, sus preguntas y sus límites. Se trata de un trabajo complejo y completo que explora nuevamente la historiografía liberal, la socialdemócrata y los intentos de hacer una historia marxista —si se quiere— en la década de los sesenta. No obstante, el objeto fundamental del libro es estudiar la llamada “Nueva Historia”. La tesis del autor es clara: la práctica de la Historia en Costa Rica se convirtió a partir de 1970 en un dinámico campo de aplicación de las más

¹⁴ Carvajal Alvarado, Guillermo, *Historiando la historia de Costa Rica: rasgos de su evolución reciente 1960-2000*, Editorial Guayacán, San José, 2004.

¹⁵ Sobre la forma en que algunos de los historiadores costarricenses han enfrentado la discusión sobre el discurso histórico, ver los textos reunidos en Malavassi Aguilar, Ana Paulina (comp.), *Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?*, Cuadernos de teoría y metodología de la Historia, núm. 1, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 2006.

influyentes corrientes de la historiografía internacional cosechadas en el mundo desde, por lo menos, la década de los treinta. En ese transcurso, se pasó de una historia preocupada por el acontecimiento, sumamente nacionalista, con escasos criterios metodológicos y con pobres relaciones explicativas, a una historia-problema, con diversos e imaginativos instrumentos de análisis, con intentos de cuantificación, muy relacionada con las Ciencias Sociales, profundamente cuestionadora de los mitos nacionales y comprometida con el cambio.

Molina, con conocimiento erudito, inspecciona así el mundo de los nuevos historiadores costarricenses, sus principales líderes y actores influyentes que se convirtieron en los agentes de la transformación, los cambios a los que se adhirieron, sus mejores logros, sus avances, sus discusiones, sus virtudes y también sus límites. El balance final del texto es halagador para cualquiera que se identifique con esas formas de hacer historia. El trabajo de Molina deja claro que la nueva historia ha sido un movimiento intelectual con un programa específico de transformación de la disciplina que se concentró en renovar los métodos de investigación histórica, en forjar programas de investigación y en institucionalizar su revolución.

No es difícil ver que, al respecto, efectivamente la nueva historia produjo en Costa Rica un grupo profesional profundamente interesado por la investigación y el cuestionamiento de los referentes históricos que tenía el país y por tanto creador de una interpretación diferente y profunda sobre su desarrollo histórico. La nueva historia también volvió a los historiadores del país más centroamericanistas en sus reflexiones y en sus comparaciones y posibilitó con eso una renovación de los estudios históricos en el Istmo. Al mismo tiempo, esa nueva historia supo renovarse y empaparse de modas y nuevas transformaciones alimentando sus propias discusiones teórico-metodológicas.

La nueva historia fue capaz de crear una comunidad científica de historiadores sumamente críticos de su trabajo, actualizados en su conocimiento, con contacto directo con otros científicos sociales en otras partes del mundo, con aportes a nivel teórico-metodológico, con voz propia y con un sistema de reproducción que ha asegurado la persistencia y la renovación.

El aporte del libro en términos de la historia de la historiografía costarricense debe ser resaltado. En primera instancia, se trata de un texto síntesis, amarrado por una narrativa amena que aporta datos cuantitativos y construye un ensayo propio que interpreta diversas dimensiones de lo ocurrido en la historiografía del país después de 1970. En segundo lugar, el libro ofrece por primera vez una amplia bibliografía que reúne la mayoría de

obras históricas producidas por historiadores en más de cien años. Se trata, así, de casi 50 páginas de bibliografía que son por sí mismas una herramienta importante para cualquier persona que desea iniciar o profundizar en las temáticas afrontadas por los historiadores del país. En tercer lugar, es un trabajo pensado para un público amplio y por eso permite, desde el principio, una visión panorámica de la historiografía mundial y sus cambios que permiten a cualquier interesado visualizar luego la experiencia costarricense.

Pero, a pesar de la constatación de una disciplina en movimiento, Molina indica algunos de sus límites y dudas hacia el futuro cercano. Sobre esto y teniendo nuevamente en mente el asunto de cómo historizar la producción histórica, hay que anotar algo más. Sé, porque había leído una versión anterior de este trabajo, que el autor había desarrollado un ensayo sumamente polémico en el que se develaban otras esferas del proceso de revolución de la historiografía, en donde se marcaba mejor a un gremio que, como él lo indicó hace unos días, parecía en guerra civil. No obstante, en esta versión no apareció esa interpretación, por lo que sería bueno preguntarle al autor por qué decidió no incorporarla a la obra final. Valdría la pena, en ese mismo sentido, visualizar los posibles límites identificados por Molina en este momento por la historiografía nacional y determinar la forma de enfrentarlos. Por eso, este texto, en tanto dictamen de una revolución, apela a no dormirse en sus laureles.

Al respecto, el libro tiene realmente una limitante. Su autor, a fuerza de tratar de separarse de su objeto de estudio, ha renunciado a valorar con profundidad su propia obra. Esto lo reciente cualquiera que conozca el trabajo empecinado y fundamental de Iván Molina. En los últimos cinco lustros, por lo menos, Molina ha sido eje central de la transformación de la historiografía del país, ha creado discípulos, ha entrado en debates públicos por diversos flancos, ha abierto sendas inexploradas de la historia del país, ha cuestionado casi todos los mitos nacionales y ha sido profundamente activo en promover nuevas temáticas de análisis y uso de metodologías y fuentes. Además, ha sido el historiador más activo en términos de opinión pública, lo cual lo ha llevado a polemizar con historiadores, políticos, comunicadores, educadores, y otras especies más. Pero esa labor no está identificada en este libro en el que el autor sacrificó su papel de actor por el de juez, lo cual lo llevó incluso a soslayar su propia producción en beneficio de otros textos menos importantes que los suyos. ¿Era necesario ese posicionamiento? Quizás, pero no hubiese sido nada mal combinar en este trabajo el ensayo académico con algunas reflexiones internas acerca de la propia obra del autor.

En general, el libro que se reseña es un buen intento de por fin demarcar las posibilidades de análisis y los resultados de varias generaciones de historiadores, especialmente las deudoras de la nueva historia. El aporte del texto al conocimiento de esta verdadera revolución cultural lo vuelve una obra importante para especialistas, científicos de las Ciencias Sociales, las artes y la literatura; es especialmente útil para estudiantes que apenas se inician en las veredas del conocimiento del pasado costarricense y, en general, para todo aquel interesado en revisar a esa Clío que se cosecha detrás de las paredes universitarias y que, un día sí y otro también, revisa y actualiza el conocimiento de la historia del país y la región.

*David Díaz Arias**

* Director Posgrado en Historia, Universidad de Costa Rica.